

# El hombre de la multitud

EDGAR ALLAN POE

*Ce grand malheur, de ne pouvoir être seul.*<sup>2</sup>

LA BRUYERE

Había cierto libro alemán del que acertadamente se decía que *«er lasst sich nicht lesen»*,<sup>3</sup> no se deja leer. Algunos secretos no se dejan desvelar. Hay gente que muere de noche en su lecho, apretando las manos de confesores fantasmales y mirándoles a los ojos con consternación; mueren con el corazón desesperanzado y la garganta convulsa a causa del espanto de los misterios que nunca llegarán a ser revelados. De vez en cuando, desgraciadamente, la conciencia del hombre porta una carga de un horror tan grande que sólo puede acabar aligerándose en la tumba, de modo que la esencia de todo crimen queda sin divulgar.

No hace mucho, al atardecer de una tarde de otoño, me hallaba sentado frente a un ventanal arqueado del café D... de Londres. Había padecido de mala salud durante

---

<sup>2</sup> «Ese gran mal de no poder estar solo», en francés en el original.

<sup>3</sup> «No se deja leer», en alemán en el original.

unos meses pero ya estaba convaleciente y, con fuerzas renovadas, me encontraba con esa buena disposición que es diametralmente opuesta al hastío: el más vivo de los anhelos, cuando se disipa la neblina de la visión mental (αχλυσ ος πριν επηεν)<sup>4</sup> y el intelecto, electrizado, supera lo cotidiano del mismo modo en que la vívida franca razón de Leibniz sobrepasa a la disparatada e inconsistente retórica de Gorgias. El mero hecho de respirar era un deleite y percibía placeres positivos incluso en muchas de las fuentes legítimas de dolor. Sentía un interés sosegado pero inquisitivo por todo. Con un puro en los labios y un periódico en el regazo me había pasado la mayor parte de la tarde distraído, inspeccionando los anuncios, observando a la diversa concurrencia de la sala o mirando a la calle a través de los ahumados ventanales.

Esta es una de las principales vías de la ciudad y había estado muy concurrida todo el día, pero, con el caer de la noche, la multitud fue aumentando aún más y, para cuando las farolas ya estaban completamente encendidas, dos densas oleadas continuas de peatones se apresuraban por delante de la puerta. Nunca antes me había encontrado con una situación similar a aquella hora concreta de la noche y por tanto el tumultuoso mar de cabezas me procuró una deliciosa sensación de novedad. Finalmente terminé abandonando toda preocupación por los asuntos del interior del hotel y me vi inmerso en la contemplación de la escena exterior. Al principio mis observaciones tenían

---

<sup>4</sup> «La niebla que anteriormente se cernía sobre ellos», en griego en el original.

un tinte abstracto y generalizador. Percibía a los transeúntes en masa y los consideraba un cúmulo colectivo de relaciones. Pronto, sin embargo, me sumergí en los detalles y observé con minucioso interés la innumerable variedad de figuras, atuendos, portes, andares, rostros y expresiones de los semblantes.

Con mucho, la mayor parte de los que pasaban tenían un porte serio y parecían limitarse a pensar en cómo ir sorteando aquel tropel. Llevaban el ceño fruncido, la vista saltaba de aquí allá rápidamente y cuando se llevaban algún empujón de otros transeúntes no mostraban signo alguno de impaciencia sino que se recomponían las ropas y continuaban su marcha apresurada. Otros, un buen número de ellos, se movían con inquietud, tenían el rostro enrojecido e iban hablando y gesticulando para sí mismos como si se sintieran solos a causa de la mismísima densidad de compañía de su alrededor. Cuando algo les impedía el paso repentinamente cesaban de murmurar aunque redoblaban la gesticulación, mientras aguardaban con una sonrisa ausente y forzada en los labios a que pasaran aquellos que les estorbaban. Si recibían empujones hacían marcadas reverencias a los que les empujaban al tiempo que la confusión parecía abrumarlos. Aparte de lo que he comentado, no había nada distintivo entre estos dos grandes grupos. Su indumentaria pertenecía al tipo ingeniosamente denominado decente. Sin duda eran nobles, mercaderes, abogados, comerciantes, corredores de bolsa... los eupátridas y la gente corriente de la sociedad, tanto hombres disfrutando de su tiempo libre como otros inmersos en asuntos propios, dirigiéndolos bajo su responsabilidad. No me llamaban especialmente la atención.

La raza de los oficinistas era evidente y en ella podía distinguir dos divisiones destacables. Por un lado estaban los empleados de segunda de empresas ostentosas, caballeros jóvenes con abrigos ajustados, botas relucientes, cabello bien engominado y gesto de desdén en los labios. Dejando aparte cierta elegancia en el porte, que a falta de un término mejor podríamos denominar oficinismo, la conducta de estas personas se me antojaba una copia exacta de lo que hacía un año o año y medio había sido considerado el culmen del *bon ton*.<sup>5</sup> Exhibían la gracia que la pequeña nobleza ya había desechado y esta, a mi juicio, viene a ser la mejor definición de su clase.

La sección de los oficinistas principales de empresas sólidas, «los viejos muchachos de siempre», resultaba inconfundible. Se distinguían por los abrigos y pantalones de color negro o marrón, de factura cómoda para permanecer sentados, con pañuelos blancos al cuello y chalecos, zapatos anchos de aspecto sólido y polainas o calcetines gruesos. Lucían calvas no muy pronunciadas en la cabeza de las que la oreja derecha, tanto tiempo usada para sostener la pluma, tenía el extraño hábito de sobresalir en punta. Me percaté de que siempre se quitaban o ponían el sombrero con ambas manos y que llevaban relojes con cortas leontinas de oro de diseño antiguo y valioso. Suya era la pretensión de la respetabilidad... si es que de hecho existe una pretensión tan honorable.

Había muchos individuos de aspecto gallardo a los que fácilmente reconocía como miembros de la raza de

---

<sup>5</sup> «Buen tono», en francés en el original.

los carteristas refinados de los que todas las grandes ciudades están infestados. Observé a esta pequeña nobleza con gran curiosidad y encontré difícil imaginar cómo podría ocurrir que los propios caballeros pudieran llegar a tomarlos por iguales. Las enormes bocamangas junto con el excesivo aire de franqueza deberían delatarlos de inmediato.

Los tahúres, de los que localicé no pocos, eran aún más fáciles de reconocer. Llevaban todo tipo de vestimentas que iban desde la del desesperado trilero bravucón, con chaleco de terciopelo, pañuelo caprichoso al cuello, cadenas doradas y botones con filigranas, hasta la de aquél vestido como clérigo, escrupulosamente carente de adornos, cosa que no podía levantar más sospechas. Aún así todos se distinguían por cierta tez abotargada y morena, una veladura apagada en la mirada y labios pálidos y apretados. Había aún otras dos características por las que siempre podía detectarlos: un cauteloso tono bajo al conversar y la extraordinaria extensión del pulgar formando ángulo recto con los otros dedos. Muy a menudo, en compañía de estos tunantes, localizaba a algún tipo de persona de hábito un tanto diferente si bien no dejaban de ser pájaros de plumaje parejo. Podría definirseles como los caballeros que viven de su propio ingenio. Parecen vivir a costa del público formando dos bandos: el de los dandis y el de los militares. Los rasgos principales del primer rango son los rizos largos y las sonrisas; los del segundo, los abrigos de alamares y los ceños fruncidos.

Descendiendo en la escala del denominado refinamiento me encontré con temas de especulación más lóbregos y profundos. Vi buhoneros judíos con intensas

miradas de halcón en semblantes cuyos otros rasgos tan solo reflejaban una expresión de humildad miserable; tenaces mendigos callejeros profesionales frunciendo el ceño a pordioseros de mejor presencia a los que únicamente la desesperación había echado a las calles nocturnas en busca de caridad; inválidos débiles y cadavéricos sobre los que la muerte ya había posado su mano inexorable y que se movían furtivos y tambaleantes entre la muchedumbre, mirando a todos a la cara con gesto suplicante como si anduvieran buscando alguna oportunidad de consuelo o esperanza perdida; jovencitas modestas volviendo tarde, tras una larga jornada, a un hogar desprovisto de alegría, que se retraían, más con lágrimas que con indignación, ante las miradas de rufianes cuyo contacto directo ni siquiera podían evitar; arrabaleras de todo tipo y edad: la inequívoca belleza en la flor de su lozanía, recordándole a uno la estatua de Luciano, con la superficie de mármol de Paros y el interior lleno de inmundicias... la aborrecida leprosa andrajosa y totalmente desahuciada... la arrugada dama enjorjada y pintarrajeada en un último intento por recuperar la juventud... la niña de cuerpo inmaduro mas, por larga asociación, presa de la temible coquetería de su condición y ardiendo en rabiosos deseos de ser considerada igual a sus mayores en el vicio; borrachos innumerables e indescritibles... algunos con harapos y remiendos, tambaleantes, incapaces de articular palabra, con rostros magullados y ojos carentes de vida... algunos con ropas completas pero sucias, de pavoneo ligeramente inseguro, gruesos labios sensuales y rubicundo semblante cordial... otros, vestidos con ropa en su día buena, que incluso ahora iban bien acicalados y que cami-

naban con paso firme y vivo pero que, con semblantes terriblemente pálidos y ojos espantosamente enrojecidos y perturbados, se iban agarrando con dedos trémulos a cualquier objeto que cayera a su alcance mientras sorteaban la multitud. Y junto a estos, vendedores de empanadas, porteros, carboneros y deshollinadores, así como organilleros, dueños de monos de exhibición, cantantes de romances, otros que vendían cosas al público de sus cantares, artesanos desarrapados y fatigados obreros de toda condición; todos ellos de vivacidad ruidosa y desmesurada que ofendía al oído por su discordancia y hacía daño a la vista.

Mi interés por la escena fue profundizándose a medida que avanzaba la noche, ya que no sólo cambiaba materialmente el carácter general de la multitud (sus características más agradables fueron desapareciendo con la retirada gradual de la parte más ordenada de la gente, al tiempo que la más tosca fue adquiriendo un relieve más definido a medida que las horas tardías fueron sacando de sus antros toda clase de infamia existente) sino también la luz de las farolas de gas que, tenue al principio en su lucha contra la luz del día, por fin había adquirido supremacía y arrojaba sobre todas las cosas un lustre irregular e intenso. Todo estaba oscuro y, sin embargo, se presentaba espléndido, como el ébano al que asemejaban el estilo de Tertuliano. Los caprichosos efectos de la luz me llevaron a examinar cada uno de los rostros individualmente y, a pesar de que la presteza con la que aquel mundo de luz se apresuraba por la ventana no me permitiera más que echar un breve vistazo a cada fisonomía, parecía que en mi peculiar estado mental de aquel momento era capaz de

interpretar bastantes veces, incluso en el breve lapso de una ojeada, largas historias de años. Con la frente contra el cristal, así me hallaba inmerso en el escrutinio de la muchedumbre cuando de improvviso entró en mi campo visual un rostro (el de un viejo decrepito de unos sesenta y cinco o setenta años)... un rostro que a un tiempo interrumpió y acaparó toda mi atención a causa de la absoluta peculiaridad de su expresión. Jamás había visto antes una expresión ni siquiera remotamente semejante a aquella. Recuerdo bien que mi primer pensamiento al verlo fue que, de habérselo encontrado Retzsch,<sup>6</sup> habría optado por él mucho antes que por sus propias representaciones gráficas del maligno. Mientras en el breve minuto de mi primer reconocimiento me esforzaba en formar un análisis del significado que transmitía, surgieron en mi mente confusas y paradójicas ideas de una enorme fuerza mental, de cautela, de penurias, de avaricia, de frialdad, de malicia, de un carácter sangriento, de triunfo, de júbilo, de terror excesivo y de una desesperación intensa y suprema. Me sentí extremadamente excitado, sorprendido y fascinado. «¡Qué historia tan descabellada —me dije para mis adentros— lleva escrita en su interior!» y entonces me sobrevino un intenso deseo de no perder de vista a aquel hombre, de saber más de él. Poniéndome el abrigo a toda prisa y tomando el sombrero y el bastón, salí a la calle y, puesto que ya había desaparecido, me abrí camino entre la multitud en la dirección que le había visto

---

<sup>6</sup> Friedrich August Moritz Retzsch (1779-1857), pintor y grabador alemán conocido por las ilustraciones que hizo del *Fausto* de Goethe.



tomar. Con alguna que otra dificultad llegué por fin a localizarlo, a acercarme a él y a seguirlo de cerca aunque con cautela para no atraer su atención.

Disponía ahora de una buena oportunidad para examinar a aquel personaje. Era bajo de estatura, muy delgado y aparentemente muy débil. En general su ropa estaba sucia y harapienta, pero cada vez que pasaba bajo el intenso resplandor de una farola podía ver que la tela de sus ropas, aunque sucia, era de calidad excelente y bien me engañó la vista o, a través de un desgarro de la capa, evidentemente de segunda mano, que lo envolvía, llegué a vislumbrar lo que tanto podría ser una daga como un diamante. Estas observaciones no hicieron sino acentuar mi curiosidad y decidí seguir al extraño allá donde quisiera que fuera.

Ya era noche cerrada y la espesa niebla húmeda que cubría la ciudad pronto acabó convirtiéndose en lluvia abundante y continua. Este cambio del tiempo surtió un efecto extraño en la muchedumbre que en su totalidad sufrió una nueva conmoción y quedó sumida bajo la sombra de un mundo de paraguas. Los titubeos, los empujones y el murmullo se incrementaron diez veces. Por mi parte, la lluvia no me preocupaba mucho... el que en mi organismo permaneciera al acecho la vieja fiebre hacía de la humedad algo demasiado peligrosamente atractivo. Me até un pañuelo alrededor de la boca y continué. Durante media hora el hombre mantuvo su camino por la gran avenida con cierta dificultad y allí caminé a su lado, muy cerca por temor a perderlo de vista. Como en ningún momento volvió la cabeza para mirar atrás, no se percató de mi pre-

sencia. Finalmente entró por una bocacalle que, aun estando densamente ocupada, no estaba tan atestada como la que acababa de dejar y aquí se hizo evidente un cambio en su comportamiento. Ahora caminaba más despacio y con menos decisión que antes, dudando más. Cruzó y volvió a cruzar la calle repetidas veces sin objetivo aparente. Había un apiñamiento tal de gente que con cada uno de aquellos movimientos me veía obligado a seguirlo de cerca. Era una calle larga y estrecha y estuvo en ella durante casi una hora, a lo largo de la cual los transeúntes fueron disminuyendo poco a poco hasta un número similar al que se ve habitualmente a mediodía en Broadway cerca del parque... qué vasta diferencia hay entre el gentío de Londres y el propio de la más concurrida de las ciudades americanas. Doblando una segunda esquina llegamos a una plaza brillantemente iluminada y rebosante de vida. La vieja actitud del extraño reapareció. Cada vez que le obstaculizaban el paso, clavaba el mentón contra el pecho mientras miraba a todas partes con ojos nerviosos bajo un ceño fruncido. Me sorprendió, sin embargo, descubrir que, una vez terminado el recorrido de la plaza, diera media vuelta y volviera por donde había venido y aún me asombró más verle repetir el mismo trayecto varias veces... en una de las cuales a punto estuvo de percatarse de mi presencia cuando se volvió en un movimiento inesperado.

De esta manera pasamos otra hora, al final de la cual nos encontramos con mucho menos estorbo por parte de los viandantes que al principio: la lluvia caía constante, había refrescado y la gente comenzaba ya a retirarse a casa. Con gesto que parecía impaciencia irascible, el errático personaje tomó una calle en comparación desierta.

Por ella, tenía aproximadamente un cuarto de milla de longitud, se apresuró con un brío que jamás hubiera soñado encontrarme en alguien de tan avanzada edad y que me dificultó en extremo el poder seguirlo. Unos minutos después desembocamos en un ajetreado bazar con cuya disposición el extraño parecía estar bien familiarizado y donde su comportamiento inicial volvió a manifestarse mientras se abría paso de aquí para allá, sin objetivo, entre la concurrencia de vendedores y clientes.

Durante la hora y media aproximada que pasamos en este lugar, me hizo falta disponer de mucha cautela para lograr mantenerlo a mi alcance sin atraer su atención. Por fortuna llevaba un par de suelas de caucho que me permitían moverme en perfecto silencio y en ningún momento vio que yo lo vigilaba. Entró en una tienda tras otra, no consultó ningún precio ni dijo palabra alguna mientras observaba todos los objetos con distraído mirar trastornado. A estas alturas yo ya estaba totalmente pasmado con su comportamiento y me hice el firme propósito de no abandonarlo hasta que no me satisficiera la curiosidad en alguna medida con respecto a él.

El clamor de un reloj anunció las once y la concurrencia comenzó a abandonar rápidamente el bazar. Uno de los dependientes, al cerrar las contraventanas, empujó al anciano y en ese instante vi que un intenso escalofrío le recorrió el cuerpo. Se apresuró por la calle, miró inquieto a su alrededor por un instante y entonces echó a correr con increíble ligereza por muchas callejas enrevesadas y solitarias hasta que volvimos a dar a la gran vía donde habíamos empezado: la calle del hotel D... Sin embargo, ya no presentaba el mismo aspecto. Aún relucía bajo el

gas pero llovía con saña y se veía poca gente. El extraño palideció. Dio algunos pasos con aire taciturno por la antes populosa avenida y entonces, con un profundo suspiro, se dirigió en dirección al río y, adentrándose por una gran variedad de tortuosos caminos, llegó por fin hasta las cercanías de uno de los teatros principales. Estaban a punto de cerrar y los espectadores salían apiñados por las puertas. Vi que el anciano jadeaba como si le faltara resuello mientras se abalanzaba hacia la multitud, pero me pareció que la intensa agonía que le marcaba el rostro había, al menos en cierta medida, amainado. Volvió a agachar la cabeza contra el pecho; ahora tenía el mismo aspecto que cuando lo había visto por primera vez. Observé que seguía el curso de la mayor parte de la audiencia, pero, en suma, era incapaz de hacerme una idea de la finalidad de sus tornadizas acciones.

A medida que avanzaba, la gente se fue dispersando y la vieja intranquilidad y vacilación volvió a invadirle. Siguió durante un tiempo a un grupo de unos diez o doce juerguistas, pero su número fue descendiendo poco a poco hasta que solo tres de ellos quedaron juntos en una estrecha calleja oscura poco frecuentada. El extraño se detuvo y durante un momento pareció absorto en sus pensamientos. Después, mostrando todo tipo de señales de agitación, tomó rápidamente una ruta que nos llevó hasta el confín de la ciudad, a áreas muy diferentes de las que habíamos atravesado hasta el momento. Era la zona más hedionda de Londres, en la que todo daba la sórdida impresión de la pobreza más deplorable y de la delincuencia más desesperada. A la tenue luz de alguna de las poco habituales farolas las antiguas y altas casas vecinales

de madera carcomida se veían tambaleantes, como a punto de caer, en tantas direcciones caprichosas que apenas parecía que hubiera forma discernible de pasar entre ellas. Las losas del pavimento estaban dispuestas al azar, desalojadas por el espeso crecimiento de la hierba. Horribles inmundicias fermentaban por los regatos cegados. El ambiente rebosaba total desolación mas, conforme avanzamos, los sonidos de la actividad humana fueron reviviendo con gradual certidumbre y finalmente aparecieron a la vista grandes grupos de muchedumbre londinense dando tumbos de aquí para allá. El ánimo del anciano volvió a oscilar como la llama de una farola momentos antes de extinguirse. Una vez más avanzó a grandes zancadas elásticas. De improviso doblamos una esquina, un resplandor de luz nos deslumbró y nos encontramos ante uno de los grandes templos suburbanos del Desenfreno... uno de los palacios del demonio Ginebra.

Ya era casi la hora del amanecer, pero unos cuantos beodos sórdidos todavía se apelotonaban entrando y saliendo por las ostentosas puertas. Medio gritando de júbilo, el anciano fue abriéndose camino hacia el interior, volvió a adoptar de inmediato su comportamiento original y, acechante, fue de acá para allá, sin objetivo aparente, entre la multitud. Sin embargo, no llevaba mucho en esta ocupación cuando cierto ajetreo en la salida dio muestra de que el dueño iba ya a cerrar. Lo que entonces observé en el rostro de aquel singular ser, al que había estado vigilando con tanta pertinacia, fue algo más intenso incluso que la desesperación. No obstante no vaciló en su ocupación aunque, con furiosa energía, enseguida desanduvo sus pasos, dirigiéndose hacia el corazón del imponente

Londres. Mucho y ligero corrió mientras yo lo seguía sumido en el más vivo desconcierto, resuelto a no abandonar aquella indagación por la que ahora sentía un interés totalmente apasionado. Mientras continuábamos salió el sol y al fin llegamos de nuevo a aquella atestada zona comercial de la populosa ciudad, la calle del hotel D..., que ahora presentaba un aspecto de actividad y bullicio humanos apenas menor al que había visto la noche previa. Y allí, en medio de una confusión que crecía por momentos, persistí en mi seguimiento del extraño mas, como de costumbre, anduvo de acá para allá y en todo el día no salió del tumulto de aquella calle. Cuando las sombras del segundo atardecer fueron apareciendo yo ya estaba muerto de agotamiento y, deteniéndome justo delante de aquel errante personaje, lo miré fijamente a la cara. No se percató de mí sino que continuó su solemne caminata mientras que yo, abandonando ya su persecución, me quedé contemplándolo absorto. «Este anciano —dije por fin— es el espécimen y genio del crimen insondable. Repudia la soledad. *Es el hombre de la multitud*. Seguirlo es fútil y no me queda nada más por aprender de él ni de sus actos. El peor corazón del mundo es más inmundo que el ‘Hortulus Animae’<sup>7</sup> y quizá no sea más que una de las grandes dádivas de Dios el hecho de que ‘*er lasst sich nicht lesen*’.»

---

<sup>7</sup> *Ortulus anime cum oratiunculis liquibus*, libro de Johann Reinhard Grüninger, publicado en 1500.